

“Una reunión especial en una lavandería enviada por el cielo”

Mensaje para el vigésimo segundo domingo después de Pentecostés

Por: Roberta Messner y presentado por: Carol Scott

9 de noviembre de 2025

Éxodo 3:1-15 ❄ 2 Tesalonicenses 2:1-8,13-17 ❄ Lucas 20:27-40

Mateo 18:20

«Porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». Este versículo promete que Cristo está presente incluso cuando un pequeño grupo de personas se reúne en su nombre.

Lavar. Enjuagar. Centrifugado. Eso era lo que tenía planeado hacer temprano en la mañana de un Día de Acción de Gracias hace unos años. Sin hijos y con mis hermanos de viaje con sus familias, era un jueves cualquiera. «Más vale tener ropa limpia», murmuré al entrar en la lavandería. En lo alto de la pared, donde estaba el televisor, un presentador de noticias informaba sobre el ya congestionado tráfico.

Me dirigí a un par de máquinas libres, pasando junto a otras personas con la misma mala suerte. No vi a ninguno de los habituales. A veces charlaba con alguna madre primeriza cuyo bebé dormía la siesta en una cesta de plástico para la ropa, mientras lavaban sus bodies. Probablemente ahora mismo estaría sentada a una mesa grande, con su bebé jugando con guisantes en la trona. Miré a un hombre con una camiseta sucia que decía: "¿Cómo podría ignorarte hoy?".

Separé mi ropa de color de la blanca. ¡Dios mío, qué pensaría mi abuela si me viera aquí hoy! Cuando era niña, el Día de Acción de Gracias significaba pavo horneado a la perfección, dorado y servido sobre el mejor mantel de la abuela. Puré de papas. Maíz cremoso. Ejotes que ella guardaba en frascos de vidrio. Pastel de calabaza con crema batida. La comida era deliciosa, pero el ingrediente secreto era la unión familiar. Eso era lo que hacía especial el Día de Acción de Gracias.

A mi lado, una madre llenaba la secadora con sábanas y mantas. Sus hijos corrían a su alrededor. Conté seis en total. Me recordaron a la familia de aquella vieja serie

de televisión, Los Walton. La serie era un spin-off de un especial clásico de televisión llamado El Regreso a Casa, que todavía se emitía de vez en cuando. Vi el estreno con mi abuela un Día de Acción de Gracias cuando estaba enferma. Me mantuve apartada casi todo el día, pero cuando mi abuela se sentó conmigo a ver La Reunión de la Familia Walton, sentí esa misma calidez y esa sensación de estar entre mi propia familia. Hacía mucho que habíamos superado la época de Los Walton; ahora las familias suelen estar dispersas por todas partes, demasiado lejos como para reunirse en Acción de Gracias.

Mientras pasaba la ropa de la lavadora a la secadora, los seis niños bombardearon a su madre con preguntas. "¿Podemos ir al cine cuando lleguemos?" La madre suspiró con cansancio y se dirigió a todos a la vez. "Se los he dicho mil veces. Solo tenemos dinero para ir a casa de la abuela. Nada de cine. Nada de helado. Y", añadió dirigiéndose al niño que tenía la nariz pegada al cristal de una máquina de peluches, "nada de juguetes nuevos".

Le di la espalda a la secadora. Pensaba que pasar el día con otras personas solitarias en una lavandería casi vacía sería triste. Pasarlo con gente que iba a algún lugar especial era peor. El niño más pequeño se acercó a mí para ver cómo su mantita daba vueltas en la ventana de la secadora, junto a la mía. Un ruido de raspado nos hizo girar a los dos. Sus hermanos arrastraban sillas por el suelo, colocándonos en filas frente al televisor. Una de sus hermanas arrancó una página de revista en cuadrados. «Este boleto es para ti», me dijo, y me señaló una silla. Antes de darme cuenta, estaba sentada en primera fila, mirando un anuncio de pasta de dientes. Los niños tomaron asiento a mi alrededor.

“¡Shh!”, dijo el niño más pequeño, “La película va a empezar”.

Eché un vistazo a la secadora, preguntándome cuánto duraría esta "película". Una melodía familiar me llamó la atención. Tardé un momento en reconocerla. ¡Era la sintonía de Los Walton! Probablemente los niños no tenían ni idea de lo que estaban viendo, pero la canción de la serie atraía poco a poco a los clientes.

“¡Acabo de recordar que tengo caramelos en mi camioneta!”, exclamó un hombre, levantándose de un salto. “Voy a buscarlos”. Para no ser menos, una señora sacó una hielera llena de refrescos de su auto. “Tendrán de sobra en casa de los nietos”, dijo. El hombre de la camiseta sucia le abrió la puerta. Ya no ignoraba a nadie. Cuando terminé de lavar la ropa, me trajo mi calcetín favorito de cachemir, ese que se me caía al ir de la secadora a mi butaca del cine. Lo observé mientras

doblaba mi ropa aún tibia, sintiéndome agradecida. No había otra palabra para describirlo.

Sin pavo ni pastel de calabaza casero, nuestro pequeño grupo había encontrado el ingrediente secreto que hacía especial el Día de Acción de Gracias. En las circunstancias más extrañas, nos habíamos reunido.

Todos hemos tenido una experiencia similar a la descrita en Mateo 18:20, pero ¿nos damos cuenta de su significado en nuestras propias vidas?

La primavera pasada, mientras compraba plantas en el centro de jardinería de Lowe's, vi a una mujer que también estaba comprando plantas. Al observar sus compras, me fijé en una planta preciosa que no había visto antes. Le pregunté qué planta era y me dijo que era una escalera de Jacob. En la Biblia, Jacob ve una escalera que conecta la Tierra con el Cielo.

En una visita reciente a un puesto de productos agrícolas, algunos desconocidos estábamos comentando sobre las hermosas verduras que se vendían cuando, de repente, una mujer gritó: "¡Reconozco tu voz!", señalándome y añadiendo: "Usted les dio clases a mi hijo y a mi sobrino". Hacía más de veinte años que Tammy y yo no nos veíamos y comenzamos a ponernos al día.

Al entrar en Bethel por primera vez hace unos años, vi a cinco personas que conocía y me llamaron por mi nombre. ¡Y así empezó la conversación!

Quizás puedas recordar algún momento en el que tú y otros os reunisteis para conversar animadamente, experimentando juntos nuevos descubrimientos.

Tómate un momento personal para reflexionar sobre una experiencia de tu vida relacionada con Mateo 18:20 y su ingrediente secreto: la unión.

¡Amén!